



EL CHILE DE ALLENDE Y EL SOCIALISMO DEL SIGLO 21

Francisco Domínguez¹

Resumen

Hasta la elección de Salvador Allende en 1970 y la experiencia de la Unidad Popular en Chile, la estrategia política dominante de transformación revolucionaria en América Latina era el modelo cubano, es decir, la toma del poder por medio del asalto armado seguido del dismantelamiento del estado burgués y así proceder a la construcción del socialismo. El brutal golpe de estado que derrocó su gobierno y asesinó a Allende en 1973 pareció confirmar que la 'vía pacífica al socialismo', es decir, a través del voto, conducía al fracaso y la derrota, legitimando la vía cubana. La revolución Sandinista de julio de 1979 de manera lapidaria también pareció confirmar que el único camino para la transformación revolucionaria socialista era la cubana... hasta 1990, cuando el Sandinismo fue derrotado en las urnas, luego de una guerra de desgaste de casi diez años de duración. Por ello, el paradigma cubano, ratificado por estas dos derrotas, la primera histórica y la segunda, que se percibía como definitiva, fue, repentinamente 'destronado' de su primacía aparentemente inexpugnable, por el fenómeno bolivariano liderado por Hugo Chávez en Venezuela en 1998. La cuestión clave que estos procesos políticos tienen en común es la necesidad imperiosa del desarrollo de un estado que no solo permita la construcción de una economía socialista – proceso complejo y lento determinado por el carácter subdesarrollado de las economías latinoamericanas – sino uno en el cual se ejerza el monopolio legítimo de la violencia en el territorio nacional, no solo para hacer cumplir las decisiones en favor de la mayoría del pueblo, sino que defenderlas tanto de los inevitables ataques de las clases dominantes, otrora en el poder, como defender la soberanía nacional de los también inevitables ataques del imperialismo, especialmente de Estados Unidos. No cabe duda que la 'pacífica, pero no desarmada' (en la acertada frase de Hugo Chávez) revolución bolivariana ha estructuralmente transformado la naturaleza de clase del estado venezolano, por medio de elecciones, sin tener que recurrir al modelo insurreccional cubano. En otras palabras, para combatir exitosamente el capitalismo neoliberal, la cuestión a resolver es en el interés de qué clase social el estado ejerce el monopolio legítimo del poder en el territorio de una nación.

Palabras clave: Chávez; Cuba; Allende; Estado; Imperialismo

ALLENDE'S CHILE AND THE SOCIALISM OF THE SIGLO 21

Abstract

Until the election of Salvador Allende in 1970 and the experience of the Popular Unity in Chile, the dominant political strategy of revolutionary transformation in Latin America was the Cuban model, that is, the seizure of power by armed assault followed by the dismantling of the bourgeois state and thus proceeding to the construction of socialism. The brutal coup d'état that overthrew his government and assassinated Allende in 1973 seemed to confirm that the 'peaceful road to socialism', that is, through the vote, led to failure and defeat, legitimizing the Cuban way. The Sandinista revolution of July 1979 also seemed to confirm, in a lapidary manner, that the only path to revolutionary socialist transformation was the Cuban one ... until 1990, when Sandinismo was defeated at the ballot box, after a war of attrition lasting almost ten years. Thus, the Cuban paradigm, ratified by these two defeats, the first historical and the second perceived as definitive, was suddenly 'dethroned' from its apparently unassailable primacy by the Bolivarian phenomenon led by Hugo Chavez in Venezuela in 1998. The key issue that these political processes have in common is the imperative need for the development of a state that not only allows for the construction of a socialist economy - a complex and slow process determined by the underdeveloped character of Latin American economies - - but one in which the legitimate monopoly of violence is exercised in the national territory, not only to enforce decisions in favor of the majority of the people, but to defend them both from the inevitable attacks of the ruling classes, once in power, as well as to defend national sovereignty from the also inevitable

¹ Professor aposentado da Middlesex University. Doutor e mestre em Economia Política pela Middlesec University e licenciado em Economia Política pela Thames Polytechnic. Líder do Centre for Brazilian and Latin American Studies, secretário nacional da Campanha Solidariedade à Venezuela Bolivariana, membro do Comitê Executivo Nacional de Solidariedade a Cuba, do Comitê Executivo Nacional de Solidariedade à Nicarágua, da Organização dos Bolivianos no Exterior Wiphalas por el Mundo, membro honorário do PT em Londres e colaborador regular do Morning Star - periódico do Partido Comunista da Grã-Bretanha.

attacks of imperialism, especially of the United States. There is no doubt that the 'peaceful, but not unarmed' (in Hugo Chavez's apt phrase) Bolivarian revolution has structurally transformed the class nature of the Venezuelan state, by means of elections, without having to resort to the Cuban insurreccional model. In other words, to successfully combat neoliberal capitalism, the question to be resolved is in the interest of which social class the state exercises the legitimate monopoly of power in the territory of a nation.

Keywords: Chávez; Cuba; Allende; State; Imperialism

Artigo recebido em: 02/05/2024 Aprovado em: 06/06/2024
DOI: <https://dx.doi.org/10.18764/2178-2865.v28nEp.2024.9>

1 INTRODUCCIÓN

Hace 53 años este septiembre de 2023 Salvador Allende obtuvo una sorprendente victoria electoral que estremeció a las cúpulas dominantes de los centros imperiales, presentando un desafío especialmente a Estados Unidos en su 'patio trasero', tal que hizo cundir el pánico en Washington. La Casa Blanca entró en un período de frenético accionar contra aquel potencial Chile socialista, cuyo éxito, luego de Cuba, lo convertiría en el segundo territorio libre de América Latina.

El fenómeno Allende y el gobierno de la Unidad Popular fue de tal significancia y magnitud que, pese a la derrota que representó el brutal golpe de Kissinger-Pinochet del 11 de septiembre de 1973, cinco décadas después la experiencia chilena todavía nos conmueve. El contenido anti-imperialista y anti-capitalista del proceso desencadenado por la elección de Allende nos plantea cuestiones de metodología política, estrategia de poder, y mecanismos de defensa contra la agresión imperialista que van al corazón de la transformación del siglo 21 iniciada por Hugo Chávez en Venezuela en 1998.

Este artículo intenta analizar cuestiones claves de la transición al socialismo planteadas por la experiencia allendista de Chile a la luz de los desarrollos desencadenados por la Revolución Bolivariana en toda la región.

2 LA CUESTIÓN DEL PODER POLÍTICO Y DEL ESTADO

Chile hasta 1973 fue un país de desusado desarrollo, cuya evolución política la asemejaba a la democracia de Europa Occidental. Las elecciones ocurrían ateniéndose al calendario electoral determinado por la constitución y el fraude electoral era prácticamente inexistente; no había asesinatos políticos, ni ejecuciones extrajudiciales, ni presos políticos; y la izquierda contaba con dos formidables partidos de masa abiertamente marxistas – Socialista y Comunista – que gozaban de contundente apoyo electoral y tenían fuerte representación parlamentaria, además de influencia sindical hegemónica. Tanto Comunistas como Socialistas habían formado parte de gobiernos de coalición progresistas en el período 1938-1952, durante el Frente Popular, en que el joven doctor Salvador Allende de 30 años, fuera ministro de salud.¹

El Frente Popular chileno, coalición de los partidos Radical, Comunista y Socialista, que modernizó el país logrando avances importantes en su industrialización y en su ambicioso programa educacional, duró más o menos 14 años (JOBET, 1971). En España, el Frente Popular de 1936 sobrevivió apenas 3 años, y tuvo algo de paz social y política por apenas 6 meses – de febrero cuando asumió el gobierno a julio, cuando comienza la rebelión de Francisco Franco –, pues el fascismo

desencadenó la guerra civil que terminaría en 1939 con la aplastante derrota del Frente Popular y la instauración de la dictadura franquista por cuatro décadas (PRESTON, 2017). En Chile, hasta la llegada de Salvador Allende, los presidentes y ex presidentes del país no tenían custodias especiales y era perfectamente normal ver a ex presidentes caminando por la calle o sentados en alguna plaza céntrica en Santiago leyendo el periódico. Es decir, hasta 1970, la diferencia distintiva entre el subdesarrollo de Chile y el del resto de América Latina, era la precariedad, o inexistencia de democracia política de esta última en contraste con Chile.

Por ello, independientemente de la posición doctrinaria que se pueda sustentar, había bases materiales y desarrollos reales que justificaban concluir que Chile era diferente y por ello era posible realizar la transición al socialismo por la vía pacífica, constitucional. Como se señala en el propio programa de la Unidad Popular (UP), “El triunfo popular abrirá paso así al régimen político más democrático de la historia del país...” lo que permitirá “transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el ejercicio del poder.” El Programa incluso habla de la creación de un Estado Popular y de una Asamblea del Pueblo “como órgano superior de poder”, y, además, de que una “nueva Constitución Política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal.” (PROGRAMA BÁSICO de Gobierno de la Unidad Popular 1970, pp. 15-16).

No se trata de embellecer la realidad chilena previa a la elección de Allende, cuyo triunfo solo es explicable a partir de las contradicciones e iniquidades del capitalismo y sistema socio-económico y político chileno de entonces. Como correctamente lo señala el Programa de Gobierno de la Unidad Popular

Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud [...] Chile es un país capitalista, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente. (PROGRAMA BÁSICO, 1970, p.3 - 4)

Para lo cual ofrece esta solución

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile. (PROGRAMA BÁSICO, 1970, p.10)

En este par de párrafos el Programa de la UP se resume la realidad de América Latina en el siglo 20 (y la del siglo 21), realidad que es necesario cambiar para eliminar las terribles y agudas lacras que la aquejan (desempleo, pobreza, exclusión social, analfabetismo, enfermedad, miseria,

desnutrición y muchas otras), reemplazándola con un sistema centrado en el ser humano y no en los estrechos intereses de una minoría ínfima, poderosa, muy rica y enteramente subordinada a las estructuras económicas y políticas imperialistas. La única manera coherente de simultáneamente obtener la independencia del yugo económico y político imperialista y lograr la emancipación social, cultural, política y económica del pueblo es con la construcción de una sociedad socialista.

En su famoso discurso de 1953 *La Historia Me Absolverá*, Fidel Castro ya había formulado esta problemática, y que la cristaliza como perspectiva en la Segunda Declaración de La Habana al proclamar el carácter socialista de la revolución

Cuba, por la soberanía; Estados Unidos, por la intervención. Cuba, por la nacionalización de las empresas extranjeras; Estados Unidos, por nuevas inversiones de capital foráneo. Cuba, por la cultura; Estados Unidos, por la ignorancia. Cuba, por la reforma agraria; Estados Unidos, por el latifundio. Cuba, por la industrialización de América; Estados Unidos, por el subdesarrollo. Cuba, por el trabajo creador; Estados Unidos, por el sabotaje y el terror contrarrevolucionario que practican sus agentes, la destrucción de cañaverales y fábricas, los bombardeos de sus aviones piratas contra el trabajo de un pueblo pacífico. Cuba, por los alfabetizadores asesinados; Estados Unidos, por los asesinos. Cuba, por el pan; Estados Unidos, por el hambre. Cuba, por la igualdad; Estados Unidos, por el privilegio y la discriminación. Cuba, por la verdad; Estados Unidos, por la mentira. Cuba, por la liberación; Estados Unidos, por la opresión. Cuba, por el porvenir luminoso de la humanidad; Estados Unidos, por el pasado sin esperanza. Cuba, por los héroes que cayeron en Girón para salvar la Patria del dominio extranjero; Estados Unidos, por los mercenarios y traidores que sirven al extranjero contra su Patria. Cuba, por la paz entre los pueblos; Estados Unidos, por la agresión y la guerra. Cuba, por el socialismo; Estados Unidos, por el capitalismo. (CASTRO, 1962)

En otras palabras, en el contexto de la realidad dominada por el imperialismo y sus aliados oligárquicos domésticos, la única manera no solo de conquistar los derechos inalienables del pueblo y de los pueblos, sino de defenderlos, es con una sociedad socialista. Seis décadas de socialismo cubano y de derrotas de intentos del imperialismo yanqui de destruir la revolución lo confirman.

En 1994, en Cuba, cuatro años antes de ser elegido presidente de Venezuela, Hugo Chávez había planteado la misma problemática, a saber, qué proyecto político podía verdaderamente abordar los problemas generados por el subdesarrollo de esta economía petrolera enteramente subordinada al imperialismo yanqui. Invitado a La Habana por Fidel, Chávez en un discurso explicó la base ideológico-histórica de su proyecto político para establecer un sistema que “proporcione la mayor suma de felicidad a su pueblo, la mayor suma de estabilidad política y seguridad social.” (Chávez, 1994)

Lo que perseguíamos era eso, una revolución, una transformación política, social, económica y cultural inspirada en el planteamiento de Bolívar. Diseñamos así lo que hemos llamado el ‘árbol de las tres raíces’, que es nuestra fuente ideológica. Consiste en la raíz bolivariana (su planteamiento de igualdad y libertad, y su visión geopolítica de integración de América Latina); la raíz zamorana (por Ezequiel Zamora, el general del pueblo soberano y

de la unidad cívico-militar) y la raíz robinsoniana (por Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, el Robinson, el sabio de la educación popular, la libertad y la igualdad). Este 'árbol de las tres raíces' dio sustancia ideológica a nuestro movimiento [...] (CABIESES, 2005)

Tal visión forma parte de lo que Chávez llamó "un proyecto revolucionario de un continente hispanoamericano, latinoamericano, y caribeño integrado como una sola nación." Es decir, cómo construir el socialismo, que es el único sistema que proporciona la mayor suma de felicidad a su pueblo en un contexto regional dominado por los Estados Unidos "*que parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad.*" (BOLÍVAR, 1829)

Las mismas vicisitudes y complejidades han sido enfrentadas tanto por la revolución Sandinista en 1979-1990 y luego en 2006 hasta el presente, como la construcción del socialismo en Bolivia. Incluso lo confrontó el moderado programa de desarrollo, erradicación de la pobreza, distribución de la renta para reducir la desigualdad, y expansión de la educación y crecimiento económico en Brasil bajo Lula y Dilma.

A la luz de la experiencia de Allende en Chile y de otros experimentos radicales en América Latina, se debe procurar resolver la cuestión del poder político y de las estructuras políticas esenciales para implementar el programa de gobierno propuesto y defender las conquistas contra las arremetidas conjuntas de la oligarquía doméstica con el sistema imperialista como un todo liderado por Estados Unidos.

Luego de la trágica derrota de la Unidad Popular, consecuencia de tres años de intensa desestabilización financiada por Estados Unidos y del brutal golpe de estado liderado por Pinochet, hubo un fuerte debate sobre vía pacífica versus vía armada. Las revoluciones del siglo 21 (empezando por Venezuela) han hecho que este debate sea sobrepasado por los acontecimientos. Las revoluciones del siglo 21 son pacíficas que procuran transformar el aparato de estado rediseñándolo para que defienda intereses de clase enteramente contrarios a los intereses de clase con los que se identificaba antes de esa transformación. Tal transformación, sin embargo, no puede intentarse sin un mínimo más que básico de hegemonía política y social. En este sentido, el Chile pre-Allende fue un modelo de cómo obtener este mínimo esencial de hegemonía.

La trágica derrota de la estrategia allendista de la vía pacífica al socialismo no debe impedir apreciar los aspectos altamente positivos y revolucionarios contenidos en la experiencia chilena, pero tampoco menospreciar los peligros que conlleva. Fidel Castro lo reconoció en su discurso de despedida luego de su visita de tres semanas a Chile en 1971, que está lleno de cuidadosas pero claras advertencias: "no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social, se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios."(CASTRO, 1971) Entonces, si el asalto al poder revolucionario a la cubana es

extremadamente difícil de emular – Nicaragua Sandinista confirma cuán difícil es esta vía – cómo llevar a cabo el proyecto de la liberación nacional y social que el continente tanto necesita. En el siglo 21 América Latina ha demostrado que el cubano no era el único posible camino para lograr la verdadera independencia.

3 HEGEMONÍA CREADORA DE LAS CONDICIONES PARA LA TRANSFORMACIÓN

El período político que culminó con la elección de Allende se caracterizó por una riquísima efervescencia política, artística, cultural e ideológica. Músicos populares, escritores, cantantes, y poetas dieron expresión a las contenidas aspiraciones de amplios sectores sociales, incluyendo campesinos, trabajadores, los sin casa, las mujeres, los pobres y excluidos en general, los condenados de la tierra. Los temas dominantes en esta agitación artístico-cultural incluían lo inicuo del sistema capitalista, la desilusión de promesas incumplidas y la lucha por los derechos conculcados y por la justicia social y el poder popular. Es este período que ve el surgimiento meteórico de Víctor Jara, Inti-Illimani, Quilapayún y tantos otros artistas de la Nueva Canción Chilena.

El terreno del florecimiento de esta revolución cultural había sido fertilizado por el incansable trabajo pionero de la música folclórica respecto de los desposeídos de Chile llevado a cabo por Violeta Parra y por la poesía del *Canto General* de Pablo Neruda (“una crónica de cuño enciclopédico que, combinando, creativamente literatura e historia, procura reconstruir y evocar las vicisitudes del hombre americano por lograr su destino colectivo de liberación y plenitud.”) (Neruda, 1950) Estos fenómenos tuvieron un efecto altamente politizador y radicalizante en amplias capas de la sociedad, especialmente de la juventud. Esta radicalización se había acelerado con la profunda desilusión con las reformas del gobierno democristiano de Eduardo Frei entre 1964 y 1970. El voto parlamentario de la gobernante Democracia Cristiana (DC) había caído de 43% en 1965 a 31% en 1969, y, además, el partido había sufrido dos divisiones (MAPU e Izquierda Cristiana), principalmente de sus jóvenes que se habían integrado entusiastamente a la Unida Popular.

Es por ello que la *Cantata Santa María de Iquique*, compuesta por Luis Advis que combina música clásica y folclórica, con canciones, declamaciones, y narraciones, personifique y simbolice el espíritu de este período. La *Cantata* narra y canta la historia de una masacre de mineros del salitre y sus familias en la ciudad de Iquique en diciembre de 1907 y de manera poderosa vincula las luchas proletarias por redención social de principios del siglo 20 con las aspiraciones de obreros y campesinos a fines de los 1960. Plantea la posibilidad y necesidad de construir un nuevo Chile sin explotación, sin desigualdad, ni violencia institucionalizada que se convertiría en realidad con la elección de Salvador Allende y la Unidad Popular al gobierno. Estos son precisamente los años

cuando se produjeron canciones impactantes como *Plegaria de un Labrador*, *Te Recuerdo Amanda*, y *El Derecho de Vivir en Paz* (este último en homenaje a Ho Chi Minh y a la lucha de resistencia del pueblo de Vietnam) de Víctor Jara y del ahora mundialmente famoso *Venceremos*, el himno de la Unidad Popular.²

Allende era del ala moderada del Partido Socialista y en parte, su adhesión a la vía pacífica provenía de la convicción de que, en Chile, era posible lograr la transición al socialismo a través de las instituciones existentes. Sin embargo, tal evaluación sería incompleta pues Allende era bastante más que eso. Su prestigio había aumentado substancialmente antes de ser candidato presidencial para las elecciones de 1970, pues en su condición de presidente del Senado había acompañado personalmente a los sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia en su viaje de regreso a Cuba luego de que éstos cruzaran a Chile, desde el país altiplano, en donde solicitaron asilo político. No se trata de destacar el coraje físico, que Allende obviamente poseía, sino sobre todo su coraje político. Cuesta imaginar hoy en día un político socialdemócrata, presidente de un Senado, dispuesto a poner su carrera política en juego por acompañar a unos guerrilleros que operaban en otro país de vuelta a su país de origen.

El fracaso del reformismo de Frei en el gobierno de la DC tuvo la doble consecuencia de, por un lado, legitimar las reformas estructurales a la sociedad y el sistema político como la reforma agraria rompiendo así el consenso, en última instancia conservador, en que descansaba la expansión de la democracia liberal en Chile, y, por otro, sacó de su pasividad histórica al campesinado que irrumpió volcánicamente en la arena política. Entre 1964 y 1970, el número de huelgas campesinas fue de 4.815 con 670 ocupaciones de tierra (muchas de las cuales fueron ocupaciones armadas). Además, si en 1967 había 211 sindicatos campesinos con 47.473 afiliados, para 1970 esta cifra se había incrementado a 632 sindicatos con 127.782 afiliados.

Luego de una intensa campaña electoral Allende triunfó por sobre el principal candidato de la derecha tradicional, Jorge Alessandri, pero la Democracia Cristiana logró dividir electoralmente las fuerzas políticas a favor del cambio, al presentar a Radomiro Tomic como su candidato, cuya publicidad y propaganda eran tan, sino más radical que la de Allende. Allende obtuvo 36,6% del voto, Alessandri 35,5% y Tomic 28,1%. El 4 de septiembre de 1970 luego de que se anunciara el triunfo de Allende cientos de miles de partidarios de Allende y de Tomic salieron a las calles a celebrar conjuntamente la derrota de Alessandri, abrazándose efusivamente en las calles.

Por supuesto, la Casa Blanca no tuvo reposo durante todo el proceso electoral. La CIA financió la campaña electoral de la DC y la de Alessandri, así como también una tenebrosa campaña propagandista del terror, típica de la Guerra Fría. Entre los temas más usados contra Allende y la UP la CIA intentó persuadir a los chilenos que si Allende triunfaba, los opositores serían ajusticiados en el

paredón, que tanques rusos serían enviados a rodear el palacio presidencial La Moneda y que sería el fin de la religión y la vida de familia en Chile. La CIA y la embajada de EE.UU. en Santiago movilizaron académicos, curas, intelectuales, periodistas, periódicos, radios, y televisión, y financiaron un recién creado grupo fascista de matones de la clase alta y elementos del lumpen, *Patria y Libertad*. Entre la elección de Allende y su investidura (4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970), la CIA logró influenciar o directamente escribir 726 artículos, emisiones de radio y TV, editoriales en medios de comunicación de América Latina y Europa de terror mediático anti-UP (COVERT ACTION, 1975), además de intentar por lo menos 3 golpes de estado, uno de los cuales terminó con el asesinato del General Rene Schneider, comandante en jefe de las fuerzas armadas.

La inevitable intervención de Washington toda vez que los pueblos plantean un proyecto democrático en procura de la verdadera independencia nacional, representa un formidable desafío al desarrollo de la hegemonía popular a un nivel suficiente como para acceder al gobierno e instituciones parlamentarias y así llevar a cabo transformaciones institucionales que legitimen cambios estructurales más profundos al aparato de estado. Parafraseando a Weber, la cuestión a resolver es en el interés de qué clase social el estado ejerce el monopolio legítimo de la violencia en el territorio de una nación. (WEBER, 2016)

Históricamente, el imperio estadounidense ha contado como penúltimo recurso la fuerza militar nacional para deshacerse de gobiernos que complican o amenazan su hegemonía regional. Penúltimo porque el último es la intervención estadounidense militar directa. En el caso de Chile, la desestabilización fue efectiva para crear suficiente caos para el llevar a cabo el golpe militar que derrocó a la Unidad Popular. Aunque Allende sabía de los complots golpistas que se habían urdido desde antes de su gobierno, no imaginó que el grueso de la fuerza armada se uniría al golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

El caso cubano, único en el hemisferio pues ni la desestabilización, ni el golpismo, ni la invasión militar, en las condiciones geopolíticas de los 1960 – y hasta ahora – han sido suficientes para destruir la revolución cubana que sigue en pie orgullosa de su soberanía nacional socialista y continúa desafiando el imperio tanto a nivel regional como internacional. La peculiaridad de la revolución cubana es que la toma del poder por los fidelistas llevó a la demolición completa del aparato estatal burgués-lacayo de la oligarquía mafiosa del país, y que incluyó desde el primer momento la identificación entre estado revolucionario y las fuerzas guerrilleras del 26 de Julio. Ventaja gigantesca con la que no han contado las revoluciones latinoamericanas del siglo 21.

En el caso venezolano, ni la desestabilización, el brutal bloqueo, varios intentos de golpe de estado, ataques de mercenarios, revoluciones de colores, ni intentos de dividir el Chavismo han logrado derrocar el gobierno bolivariano. La revolución bolivariana en Venezuela ha demostrado que

es esencial organizar la base social y política que la sostiene, pero en estructuras con capacidad de poder, como los Consejos Comunales y otros organismos. El carácter protagónico y participativo de la revolución bolivariana, ha demostrado que, en la eventualidad de una confrontación militar con el imperialismo, el mejor disuasivo y la mejor defensa es la guerra de todo el pueblo, de allí los varios millones de milicianos bien entrenados dispuestos a dar la vida por la nación.

Desafortunadamente, no se puede decir lo mismo de Brasil para citar un ejemplo emblemático. En Brasil, los gobiernos del PT no llevaron a cabo reformas estructurales del estado patrimonial brasileño y la relativa desmovilización de su base electoral y política fueron factores que contribuyeron a que fuera suficiente la utilización del *lawfare* para destituir a Dilma Rousseff como presidente, y eliminar a Lula como candidato presidencial, lo que creó el vacío y la oportunidad para el surgimiento del fenómeno Bolsonaro.

No hay receta fácil para resolver la complejidad que emana de las transformaciones estructurales que reclaman las realidades de nuestras sociedades, pero el golpe de estado de 2019 en Bolivia obliga a concluir que si se quiere transformar la sociedad en una dirección socialista, esto requiere una concurrente (y profunda) transformación política de los órganos que ejercen el monopolio legítimo de la violencia en el estado-nación: fuerzas armadas y policía, tarea por realizarse en el país andino. Imbuir de una doctrina de democracia participativa a las fuerzas armadas es un proyecto obvio para que la hegemonía lograda para acceder al gobierno se transforme en poder político de estado. La infusión de las mejores tradiciones del nacionalismo doméstico à la-Bolívar allí donde exista, es sin duda otra vía para esta necesaria y vital transformación.

4 LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LAS MASAS DURANTE ALLENDE

Ya antes del triunfo electoral allendista, millones nos habíamos organizado en la campaña electoral en los miles de Comités de Unida Popular (los CUP) que emergieron en todo el país. Desde los CUP salimos a las marchas, hicimos campaña electoral en nuestros barrios y lugares de trabajo, salimos en las noches a hacer grafiti mural por la UP y Allende, preparándonos para el paso del viejo orden al gobierno del pueblo. Sabíamos que esta transición sería difícil pero nuestra radicalización política era tal y nuestros espíritus se habían galvanizado hasta tal punto por la inspiración cultural que habíamos experimentado en la década precedente, que tales complejidades no nos asustaban. Millones nos involucramos profundamente en el proceso maravilloso de tomar el destino de la nación en nuestras propias manos, lo que hicimos sin descanso, por tres intensos años.

Para la clase dominante era imposible continuar dominando, pero, pese a nuestros denodados esfuerzos, no conseguíamos imponer nuestra voluntad y poder político de manera

definitiva. El viejo moribundo orden se negaba a morir y el nuevo, no lograba nacer, enfrentábamos una crisis revolucionaria clásica, con la novedad que el gobierno era el de los condenados de la tierra.

Como hemos visto el programa de la UP era simple y claro, y su implementación tenía implicaciones revolucionarias, rasgo que la elite dominante chilena y el imperialismo captaron en toda su dimensión. El movimiento de masas también lo entendió así. En esencia el programa consistía en construir un estado popular y una economía planificada, dirigida y de propiedad del estado nacional, que incluía casi toda la banca, la nacionalización de los monopolios económicamente dominantes, la liquidación del latifundio profundizando la reforma agraria comenzada por la DC, y la nacionalización de la industria del cobre, entonces en manos de compañías multinacionales yanquis. Sin duda, el programa de transformación social, política y económica más ambicioso en la historia del país.

La elección de Allende incrementó exponencialmente la participación del pueblo en la política, lo que ocurrió a través de miles de organizaciones de todo tipo creadas en el fragor de la lucha: sindicatos, comités de vecinos, comités de empresa, comités de la Unidad Popular, sindicatos campesinos, consejos locales y regionales, y comités de protección de los lugares de trabajo. La inmensa masa movilizada por la realidad creada por el gobierno del pueblo les llevó a convertirse en el factor político decisivo de la transformación socialista prometida en el programa político de Allende. Entendieron que ellos, en su movimiento y accionar, tenían que forjar con sus propias manos el destino futuro de la nación. El despertar de millones de seres humanos a la actividad política colectiva consciente para cambiar la sociedad es una característica singular de toda revolución y ciertamente lo es de las revoluciones latinoamericanas.

La potencia del movimiento por el cambio llevó al cumplimiento del programa de transformaciones en muy poco tiempo. Allende no tuvo dificultad en expropiar 4.000 fundos además de 2.000, que fueron ocupados por los campesinos y que tuvo que expropiar por exigencia de los mismos, y así completar el fin del latifundio. Durante el gobierno de Allende la sindicalización campesina también experimentó un alza enorme: de 580 sindicatos campesinos en 1970 aumentó con 143.142 afiliados, subió a 881 sindicatos que organizaban a 313.700 afiliados.(MEDEL, 2013, p. 8-9) La combatividad del movimiento campesino, ya visible y vigorosa durante el gobierno DC, fue brutalmente reprimida por Frei cuando se perpetraron varias masacres, mientras que Allende nunca lanzó las fuerzas represivas contra los campesinos, los trabajadores o el pueblo.

Un proceso similar, aunque menos tempestuoso y menos intenso había ocurrido con la organización de los trabajadores urbanos. Para 1960 el movimiento obrero chileno había logrado organizar al 10% de la clase obrera en sindicatos, para 1970, a causa de las medidas económica anti-obreras y la represión, la combativa respuesta de los trabajadores había elevado esa cifra a 24%;

proceso que se intensificó durante el gobierno de Allende pues para 1973 fue de 34%. (DURÁN; KREMERMAN, 2015, p. 5)

La Ley de Nacionalización del Cobre fue aprobada sin oposición en el parlamento y Allende aplicó cálculos sobre las ganancias excesivas y otras artimañas contables de las compañías yanquis que resultó en que, en vez de recibir compensación por la expropiación, se les informó que debían dinero al estado chileno. El gobierno, además, utilizó antiguas leyes para expropiar las compañías monopólicas nacionales, y también compró suficientes acciones en otras (muchas de estas empresas habían sido ocupadas por sus trabajadores para exigir su expropiación). De esta manera el gobierno de la UP logró nacionalizar y estatizar el 80% de las empresas monopólicas y casi toda la banca nacional. Todo esto se realizó en el año 1971.

Enfrentados con tal arremetida, el imperialismo y la burguesía nacional decidieron bloquear la economía movilizándolo al sector privado del comercio minoritario para provocar artificialmente desabastecimiento, generar escasez y provocar colas de larga espera como una forma de castigar duramente a los más pobres, es decir, a la base electoral allendista para así crear las condiciones para derrocar a Allende. El gobierno de EE.UU., además, lanzó parte importante de sus reservas de cobre al mercado mundial para hacer caer su precio que estaba muy alto debido a la guerra en Vietnam. El daño económico fue enorme pues el desabastecimiento generó además hiperinflación, y la caída del precio del cobre redujo dramáticamente la entrada de divisas.

Todo esto fue acompañado de una sistemática campaña de desestabilización que incluía huelgas del sector profesional (médicos); del sector transporte causando estragos en la distribución de mercancías y del desplazamiento de la gente a sus trabajos; de estudiantes que ocuparon universidades que eran 'defendidas' por fascistas armados y bien entrenados; por sabotaje económico con la destrucción de máquinas, vehículos e infraestructura (especialmente electricidad y vías férreas, con el uso de explosivos); una campaña mediática de mentiras y de caotización intoxicante; y la persistente movilización de matones armados buscando confrontaciones físicas en la calle, todo para crear una atmósfera de caos y colapso (no, no estoy hablando de Venezuela, esto fue durante el Chile de Allende; pero cualquier parecido con Venezuela NO es coincidencia).

La resistencia y defensa del gobierno ante la desestabilización yanqui, y el apoyo firme al gobierno pese a las monstruosas dificultades y privaciones del pueblo, llevó a la realización del 'Paro de Octubre' (1972), un intento de dar el golpe de gracia al gobierno buscando paralizar la economía completamente y llevarla a un desplome. Fue, por supuesto, financiado por millones de dólares yanquis pagados por los contribuyentes de ese país, y duró 30 días. Pero, gracias a la resistencia popular, el Paro fue derrotado. Los trabajadores ocuparon sus lugares de trabajo e hicieron que las empresas privadas y estatales produjeran, protegieron los hospitales e impidieron el sabotaje de la

reaccionara profesión médica, las mujeres crearon comités de control de la distribución y precios de los alimentos y artículos de primera necesidad, y se usó todo tipo de vehículos para asegurar el funcionamiento del transporte público. El heroísmo de los pobres del campo y la ciudad durante esos 30 días fue extraordinario.

Los trabajadores se negaron a entregar las centenas de empresas ocupadas a sus dueños luego del término del Paro e incluso se movilizaron en la calle a exigir que el gobierno las expropiara todas. Allende terminó aceptando la demanda de los trabajadores. En un editorial del Partido Socialista se escribió que en los 30 días del Paro la clase obrera chilena había aprendido más que en los previos 36 años de lucha. Los hechos confirman esta afirmación. El balance del Paro fue que la economía social (es decir, lo expropiado) controlaba 100% de la siderurgia; 90% de la banca; todo la extracción y producción de nitrato, hierro y cobre; 85% de la producción textil; 70% de todas las fundiciones y de la metalurgia; 95% de la producción de la 'línea blanca' (refrigeradores, lavadoras, etc.); y el 60% de toda la producción manufacturera. (GONZÁLEZ; FONTAINE, 1997, p.531)

La realidad de la dualidad de poderes, y sobre todo el poder organizado de obreros, campesinos, y del pueblo no solo había derrotado el *Paro de Octubre*, sino que había hecho avanzar el programa original de la UP a niveles insospechados. Sin embargo, con la descolocación política y el estado ruinoso de la economía chilena causada por el Paro, la derecha esperaba obtener más de dos tercios en las elecciones parlamentarias que se celebraron en marzo de 1973, por ello la derecha y el imperialismo presentaron estas elecciones como un plebiscito. Con dos tercios la derecha tendría suficiente poder parlamentario para destituir a Allende. El resultado electoral produjo un shock en la reacción, la coalición de partidos de la UP obtuvo el 43% de los votos, es decir la UP había subido 7 puntos porcentuales de 36% en la elección de Allende en 1970. Esto, paradójicamente, selló la suerte del proceso. El imperialismo y el conjunto de la derecha decidieron lanzarse al golpe, que perpetraron el 11 de septiembre de 1973, golpe que llevó a la instauración de la brutal dictadura de Pinochet que durante 17 duros años arrestó, torturó, desapareció y asesinó a miles a objeto de extirpar toda traza de marxismo o socialismo de la sociedad chilena.

El Programa de la UP en su acápite 'Un Nuevo Orden Constitucional' promete una nueva constitución diseñada para construir el estado popular para que el pueblo chileno tome en sus manos el poder y lo ejerza real y efectivamente. Sin adolecer de desviaciones constitucionalistas, el momento histórico ofrecido por el regocijo popular de allendistas y democristianos por la derrota de la derecha en 1970 podría haberse transformado en suficiente apoyo para promulgar una nueva Carta Magna, lo que no habría impedido el golpismo pero lo habría hecho más difícil y, sobre todo, habría empoderado al pueblo a través de sus propias organizaciones u otras creadas para tal efecto, que habrían legítimamente y constitucionalmente actuado para defender a su gobierno, lo que podría haber

resultado en la derrota del golpe en 1973. Historiadores han revelado que Allende anunciaría la realización de un plebiscito para una nueva constitución política (que la UP había estado preparando desde 1972) que se efectuaría el 12 de septiembre de 1973. Al enterarse, los golpistas decidieron ejecutar el golpe un día antes.

5 LA CUESTIÓN DEL PODER EN CUBA, NICARAGUA Y VENEZUELA

La elección de Allende en 1970 fue el resultado de un proceso de politización de amplios sectores de los desheredados comprimido en un tiempo de radicalización muy corto de apenas unos pocos años. Este proceso se había venido incubando en un tiempo más largo causado por las contradicciones inherentes a una sociedad capitalista en un país periférico y subdesarrollado. Este proceso es un componente esencial para desarrollar lo que Gramsci llama la hegemonía civil en la que el proletariado no solo influye, sino que políticamente dirige en alianza a otros grupos o clases explotadas como el campesinado, sobre los cuales debe ejercer ascendencia cultural. En este sentido, las revoluciones si no son también culturales, no se gradúan como tales.

La transformación de la economía, la sociedad y la política, en el ideario Bolivariano-Martiano debe ir acompañada de la transformación cultural de los ciudadanos y ciudadanas como participantes activos conscientes de esa transformación. Es decir, tomar el destino en sus propias manos es la única forma de garantizar que la nación se enrumben por la vía de la verdadera independencia. Para Bolívar “*Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción,*” y Martí por su parte dictaminó

El mejor modo de defender nuestros derechos, es conocerlos bien; así se tiene fe y fuerza: toda nación será infeliz en tanto que no eduque a todos sus hijos. Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres. –La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud. Tan repugnante es un pueblo que es esclavo de hombres de otro pueblo, como esclavo de hombres de sí mismo (MARTÍ, 1975).

Es decir, “*Ser culto es el único modo de ser libre*”. (Martí, Antología del Ensayo) Cuba es reconocida como uno de los países más culturizados y educados en el mundo y los progresos en educación logrados por Nicaragua tanto en la primera oleada revolucionaria (1979-1990) como en la segunda (2006-2023) fueron extraordinarios. En Venezuela en un extraordinario desarrollo ha habido una explosión de cultura que combina no solo acceso a la educación y a la cultura a millones de ciudadanos, otrora marginados y excluidos, sino que además pone a su disposición miles de textos de política, historia, cultura, arte, literatura, teatro, filosofía, sociología, matemáticas y mucho más, electrónicamente y completamente gratis que se originan en Venezuela misma, América Latina o la cultura universal. La educación es un derecho consagrado en los artículos 102 a 111 de la

Constitución Bolivariana. Este derecho se ha plasmado entre otras acciones concretas del estado Bolivariano en la *Biblioteca Digital Ayacucho*; el *Sistema Masivo de Revistas* que publica revistas, entre las más destacadas está *Memorias de Venezuela*, excelente revista de historiografía principalmente nacional; la *Fundación Editorial el perro y la rana*, que hace accesibles gratuitamente cientos de títulos³; además de todo lo que publica y hacen accesibles los ministerios de educación, cultura, agricultura, y muchos otros. Este es un extraordinario proceso en el que “los de abajo, la fuerza motora de la revolución Bolivariana, no sólo pujan por transformaciones radicales por medio de la acción de masas, ellos mismos experimentan una transformación intelectual al convertirse en agentes conscientes del cambio que comenzaron espontáneamente el 27 de febrero de 1989, cuando estremecieron a la IV República al realizar el ahora legendario *Caracazo*.” (DOMÍNGUEZ, 2013)

Lo mismo ocurrió con la experiencia del pueblo durante el gobierno de Allende. La editorial privada *Zig Zag* por conflicto con la patronal fue ocupada por sus trabajadores, quienes exigieron a Allende que la expropiara, lo que aconteció, y por tres años fue administrada por sus trabajadores, período en el cual se publicaron 11 millones de libros de unos 250 autores, con una colección de mini-libros semanal en que cada título vendía entre 50.000 a 80.000 copias. Estos eran libros bien diseñados, atractivos y sobre todo muy baratos. La editorial fue rebautizada Editorial Quimantú (‘Sol del Saber’ en mapudungun, idioma de los indígenas mapuche) y gracias a esa editorial todos nosotros, jóvenes entonces, leímos cantidades astronómicas de literatura y política universal y nacional.

El problema que se plantea con la hegemonía civil, cuya consecuencia es la elección de un gobierno socialista con un programa de transformaciones profundas, es la cuestión del poder político. Como ya hemos visto, en la experiencia cubana, la cuestión del poder se manifestó no tanto en la lucha de la guerrilla fidelista contra Batista sino en cómo defender la revolución de la agresión yanqui. Ahí la hegemonía política se ejerce a partir de la creación de un nuevo aparato de estado sobre los escombros de la demolición del antiguo. Tarea política infinitamente más fácil en el caso cubano que intentar ejercer la hegemonía a través de un estado que hay que reformar poco a poco, y cuyos resabios resisten y sabotean todos los esfuerzos de reformarlo.

La experiencia nicaragüense – una combinación de la revolución cubana y de la UP de Allende – demuestran que, aunque se transforme completamente el aparato del estado, esta no es garantía suficiente para retener el poder. Sin embargo, pese a la cruenta guerra de desgaste de la Contra, durante apenas una década el FSLN introdujo transformaciones estructurales como la reforma agraria, el derecho universal y gratuito a la salud y educación, incremento del gasto social para resolver la deficiencia en vivienda, y procuró el sostenido aumento de los estándares de vida de la población buscando eliminar y/o drásticamente reducir la pobreza y la indigencia. Sobre todo, dignificó

a la nación y a sus ciudadanos, a los cuales hizo partícipe del proceso de su propia liberación, eliminando, entre otras lacras, el analfabetismo. La guerra financiada por el imperialismo culminó en la derrota electoral del sandinismo en febrero de 1990. Los siguientes 16 años de brutal y reaccionaria política neoliberal parecieron confirmar la impresión de algunos observadores superficiales que presagiaban la muerte definitiva de la revolución sandinista. Sin embargo, no solo el FSLN regresó al gobierno en 2006, sino que, curiosamente, lo hizo por la vía allendista, es decir, electoral.

Las transformaciones estructurales económicas y del estado tanto en Venezuela, como en Nicaragua, así como en Bolivia, se realizan a través de procesos electorales y no por medio del asalto revolucionario del poder político, como ocurriera en Cuba desde 1959.

6 CONCLUSIÓN

En esta lucha “para conquistar la verdadera independencia” latinoamericana que comenzó con Cuba, tenemos hoy Venezuela Bolivariana, que, pese a las difíciles circunstancias económicas que enfrenta a causa del despiadado, criminal e ilegal bloqueo estadounidense, seriamente amenaza la hegemonía regional de Estados Unidos. El poder político en Venezuela se basa en el principio constitucional de la democracia participativa y protagónica (Constitución República Bolivariana de Venezuela, 1999), además de la inquebrantable unión cívico-militar. A diferencia del intento de Allende 1970 de lograr la verdadera independencia, el esfuerzo Bolivariano, como elocuentemente lo expresara Chávez en más de una oportunidad “no está desarmado”.

Es apropiado agregar la conclusión de un artículo rememorando los 50 años de la elección de Salvador Allende a la presidencia en 1970 (DOMÍNGUEZ, 2020).

Los años del gobierno de Allende todavía retumban en nuestros corazones hoy por la promesa de un Chile mejor, un Chile socialista, una nación libre de opresión, de explotación capitalista o dominación imperialista. Una sociedad de ciudadanos conscientes, activos y cultos. Pese a todas las dificultades que confrontaron durante la Unidad Popular, las masas en Chile resistieron la horrorosa agresión económica y política yanqui, la desestabilización doméstica financiada por EE.UU., y el terrorismo, porque se aferraron a ese sueño. La experiencia, cualquiera hayan sido sus faltas, no fue un fracaso, fue aplastada con absoluta brutalidad. El sueño nunca murió y nunca morirá, y es con júbilo que registro que una de las canciones emblemáticas de la rebelión de 2019 contra el neoliberalismo en el Chile de hoy, hace 50 años, es El Derecho de Vivir en Paz de Víctor Jara. Lo que intentamos realizar en 1970-73 los inspira hoy, haciendo con ello mucho más valioso aún el haberlo intentado. ¡Venceremos!

La revolución chilena no fue un fracaso, fue aplastada porque su preparación, a la luz del socialismo del siglo 21, fue incompleta. Hasta la experiencia de Allende en 1973, el paradigma de lograr la transformación socialista por la toma del poder por medio del asalto revolucionario contra el estado, a la cubana, se habría confirmado categóricamente con la revolución sandinista en Nicaragua

en julio de 1979. Sin embargo, no solo Allende fue derrocado en 1973, sino que la propia revolución sandinista fue derrotada por la agresión imperialista en 1990. Desde la elección de Hugo Chávez a la presidencia y su revolución Bolivariana en 1998 que contribuyó a desencadenar la 'oleada roja' en América Latina, es que nos encontramos en presencia de un nuevo paradigma que se puede resumir con la apta frase de Hugo Chávez: "nuestra revolución es pacífica, pero no está desarmada".

REFERENCIAS

BOLÍVAR, Simón. Carta del Libertador Simón Bolívar al coronel Patricio Campbell, Guayaquil, 5 de agosto de 1829. Disponibles: <http://www.archivodellibertador.gob.ve/escritos/buscador/spip.php?article3309>

CABIESES, Manuel. Entrevista al presidente Chávez, octubre 2005. Disponibles: http://www.alterinfos.org/article.php3?id_article=66

CASTRO, Fidel, Discurso completo de Fidel Castro en el Estado Nacional en Santiago, Chile, 2 diciembre de 1971. Disponibles: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f021271e.html>

CASTRO, Fidel, Segunda Declaración de La Habana, 4 de febrero de 1962, Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO. Disponibles: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191016113426/Segunda_declaracion_de_La_Habana.pdf

Chávez, Hugo, Histórico discurso de Chávez en La Habana, 1994. Disponibles: <https://www.youtube.com/watch?v=bMoLsbGExw8>

CONSTITUCIÓN de la República Bolivariana de Venezuela, 1999. Disponibles: <http://www.minci.gob.ve/wp-content/uploads/2011/04/CONSTITUCION.pdf>

COVERT ACTION in Chile 1963-1973, Select Committee US Senate, 1975. Disponibles: <https://www.intelligence.senate.gov/sites/default/files/94chile.pdf>

DOMÍNGUEZ, Francisco. "Allende's Chile: 50 years on – mourning and celebrating, *Public Reading Rooms*, 3 September 2020. Disponibles: <https://pruk.org/allendes-chile-50-years-on-mourning-and-celebrating/>

DOMÍNGUEZ, Francisco, "Education for the creation of a New Venezuela". In: MOTA, Sara C.; COLE, Mike (eds.). **Education and social change in Latin America**. Palgrave Macmillan, p.123-137, 2013.

DURÁN, Gonzalo; KREMERMANN, Marco. Sindicatos y Negociación Colectiva, **Fundación Sol**, Tasa de Sindicalización Efectiva (1960-2013). Disponibles: <https://media-front.elmostrador.cl/2015/04/Estudio-Sindicatos-FS-1.pdf>, 2015, p.5.

FUNDACIÓN Editorial el perro y la rana. Disponibles: <http://www.elperroylarana.gob.ve/catalogo/>

GONZÁLEZ PINO, Miguel; FONTAINE TALAVERA, Arturo (eds.). **Los mil días de Allende**. Tomo I, Centro de Estudios Públicos, Chile, 1997, p. 531-32. Disponibles: https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160304/20160304094746/tomo1_mil_dias_de_allende.pdf

JARA, Joan. **Víctor: un canto inconcluso**. LOM Ediciones, 2007

JOBET, Julio César. **El Partido Socialista de Chile**. Ediciones Prensa Latinoamericana S.A., 1971.

MARTÍ, José. **Educación Popular**. Disponibles: <http://www.hottopos.com/vdletras3/marti.htm>

MARTÍ, José. Maestros ambulantes. **Antología del Ensayo**. Disponibles: <https://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/marti/marti3.htm>

MEDEL, Rodrigo. Movimiento Sindicalista Campesino en Chile, 1942-2000, **CIPSTRA** n. 2, jun., 2013, p. 8-9.

NERUDA, Pablo. **Canto General**. Editorial América: México, 1950.

PRESTON, Paul. **La Guerra Civil española**. Debolsillo, 2017.

PROGRAMA BÁSICO de Gobierno de la Unidad Popular, Instituto Geográfico Militar, p. 15-16, 1970.

WEBER, Max, **La Política como Vocación**, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2016.

Notas

¹ Desde 1937 Salvador Allende ocupó posiciones de diputado, senador y ministro y desde 1966 hasta 1969 fue presidente del Senado.

² La esposa de Víctor Jara cuenta la extraordinaria revolución cultural que estos vibrantes músicos, cantantes y poetas brindaron a más agresivo movimiento popular que empujaba por el cambio revolucionario (Joan Jara, *Víctor: Un Canto Inconcluso*, LOM Ediciones, 2007 – desafío a quienquiera a leer este libro y no atragantarse de emoción).

³ La Editorial informa en su página de web que en 11 años ha publicado 4.500 títulos de autores inéditos, reconocidos y clásicos en una variedad que abarca todo tipo de géneros; <http://www.elperroylarana.gob.ve/catalogo/>